





EL BARCO



DE VAPOR

# La niña que me robó el corazón

Fabio Barragán Santos





*Primera edición: marzo 2009*

Dirección editorial: César Camilo Ramírez

Edición: Carlos Sánchez Lozano

Ilustraciones: no para innita

© Fabio Barragán Santos, 2009

© Ediciones SM Colombia, 2009

Carrera 85K 46A - 66, Oficina 502

Bogotá D.C.

[www.ediciones-sm.com.co](http://www.ediciones-sm.com.co)

PBX: 595 33 44

Correo electrónico: [edicionlij\\_co@grupo-sm.com](mailto:edicionlij_co@grupo-sm.com)

ISBN: 978-958-705-285-5

Impreso en Colombia / *Printed in Colombia*

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

*A mis intrépidos hijos:  
Bafen Ricardo y Juan Pablo,  
a mis sobrinas:  
Daniela y Natalia  
y a todos los niños y las niñas,  
porque también los esperan  
los bellos y escabrosos  
senderos del amor.*



## 1 *La niña invisible*



**E**n esta fotografía estamos los cinco con el uniforme del equipo de microfútbol de quinto B. Si parecemos sonrientes no es solo porque estuviéramos posando para la fotografía que nos tomó el profesor Noriega, sino porque acabábamos de ganarles a los presumidos de quinto A, que durante

toda la primaria nos habían superado y se habían llevado todos los títulos.

De izquierda a derecha somos: Pan de Yuca, Migaja, yo, Porcelana y Albóndiga. Esos son nuestros apodos de cariño. A mí me llaman Cigüeña por mis piernas largas y delgadas. La mayoría fueron apodos que se inventaron espontáneamente, en alguna situación cotidiana, y que con el tiempo nadie recuerda quién los usó por primera vez para llamar a determinada persona. Al comienzo incomodaron, pero luego se fueron pegando y se hicieron más populares que nuestros nombres.

Incluso ahora, que ya he crecido, que estoy por terminar el bachillerato, y mis viejos amigos de la primaria no están para llamarme Cigüeña, extraño esa trisílaba confianzuda que me daba la sensación de cercanía y cordialidad.

En esta imagen también hubieran podido quedar Aladino y Buñuelo. Pero el destino nos los arrebató en ese último año. En primer lugar, Carlos Andrés, alias Aladino, tuvo que irse a otra ciudad, a estudiar en un colegio para niños con cociente intelectual superior, niños «genio», como él. Y luego, Andrés Gustavo, Buñuelo, se fue con sus cincuenta y cinco kilos al Colegio de las Hermanitas de la Caridad porque a su mamá le pareció que

en donde estudiábamos, nos formaban para ser impíos.

La partida de estos dos compañeros nos dejó con cuatro jugadores. Antes, éramos seis: cinco titulares y Buñuelo, que siempre jugaba sólo unos cuantos minutos porque su físico no resistía más. Generalmente le pedíamos que entrara cuando había en el otro equipo algún fortachón que nos estaba lastimando. Buñuelo se encargaba de amansarlo, de ablandarlo, de calmarle los impulsos.

Albóndiga siempre fue nuestro portero. Era gordito él, pero no tanto como Buñuelo. Se llamaba Juan Gabriel y su piel era morena, de un color café claro, como el que toman las albóndigas cuando se cocinan. Cubría una buena parte de la portería con su talla y sabía cerrar los ángulos de remate. Además tenía buenos reflejos. Su debilidad eran los balones altos porque le costaba trabajo levantar su masa corporal en un salto.

Pan de Yuca y yo éramos defensas, aunque yo me proyectaba al ataque en algunas ocasiones. Sobre todo en los tiros de esquina y los saques laterales. Soy bueno para saltar y cabecear, mis piernas me favorecen. Ricardo Alfonso, Pan de Yuca, era un defensor neto: fuerte, rápido, valiente y preciso.

Tenía la piel blanquecina y áspera, como un pan de yuca. Era el único del combo que decía que iba a ser futbolista profesional. Y tenía talento. Quién sabe si haya contado con suerte y se haya podido dedicar al fútbol como era su sueño.

Daniel Enrique, Migaja, era un ágil delantero, su pequeña estatura lo hacía escurridizo entre los adversarios. Pero su debilidad era la misma (la estatura). Decían que era bajito porque nació sietemesino. Él es la prueba de que nada es totalmente bueno ni totalmente malo. Ese tamaño que le servía como ventaja para colarse entre los otros, lo hacía débil a la hora del choque, del cuerpo a cuerpo. Y en los juegos de contacto eso es definitivo.

Antes de que empezara el torneo interclases de ese año no sabíamos qué iba a pasar con el equipo. En nuestro curso no había más niños que jugaran bien, como para reemplazar a los dos ausentes, aunque a casi todos les gustaba el fútbol y varios se ofrecieron. El problema principal era que el vacío que dejó Aladino no se llenaba solamente con alguien a quien le gustara jugar. Se necesitaba que fuera de pensamiento rápido, de pases precisos, de buena técnica y de pegada fuerte. Estudiamos a los candidatos durante varios días y llegamos a la

conclusión de que en quinto B, definitivamente, no había más talento futbolístico. Nos resignamos a que tendríamos que poner a alguien para rellenar la defensa y así yo pasaría a la delantera, pero sabíamos que eso nos dejaría débiles tanto en ataque como en defensa.

Un día, en el descanso, mientras comíamos emparedado y refresco y charlábamos sobre la alineación, se nos acercó Claudia y nos dijo:

–Necesitan a alguien para el equipo, ¿cierto?

No creímos que realmente tuviera una solución a nuestro problema, así que seguimos comiendo y alguien le respondió, con la boca medio llena de comida, solo por amabilidad:

–Sí, nos falta uno.

Ninguno de nosotros esperaba la propuesta que se traía entre manos. No lo habíamos considerado ni siquiera en broma.

–Yo puedo jugar con ustedes –agregó Claudia.

Volvimos la mirada para verle la cara. Esperábamos que se estuviera riendo, que fuera una broma. Pero no. Era en serio. Estaba ahí parada frente a nosotros con su faldita morada de cuadritos, sus medias blancas acanaladas, sus zapatos morados de cordones blancos, su blusa de manga

abombada y su delgado corbatín, hecho en la misma tela de la falda. No pudimos controlarnos. La risa emergió de nuestros adentros y fuimos groseramente burlones. A Albóndiga, el refresco se le vino por la nariz de tanto reírse, yo escupí en una risotada el mordisco de emparedado que acababa de llevarme a la boca. Entonces, la reacción de Claudia no se hizo esperar.

—¡No sé por qué pensé que ustedes merecían que yo jugara en su equipo! Se veían diferentes, se veían inteligentes. Pero son tan machistas y tan brutos como todos.

Sus palabras fueron agresivas, pero su rostro no reflejó ira. Tampoco pareció que le doliera que nos burláramos de ella o que no fuera a jugar con nosotros. Tal vez, no se trataba de que la hubiéramos ofendido, sino que la decepcionamos.

Ella pensó que estábamos preparados para considerar que una niña podría hacer bien cosas que llamábamos de hombres. Pero nosotros éramos unos niños menores de doce años y nos faltaba mucho por vivir para comprender la igualdad de géneros. El incidente no nos mereció mucho análisis en ese momento. Estuvimos más preocupados por limpiarnos las camisetas y la cara, que ahora estaban llenas de comida.

Se llamaba Claudia Milena. Estudiaba con nosotros desde tercer grado. Nos parecía una niña normal. No era muy bonita; entonces no estaba entre «las divinas». Era buena en el estudio, pero no estaba entre «las nerdas». No pertenecía al equipo de las porristas, ni la habíamos visto en el grupo de danzas, ni bailando al estilo de Shakira, ni ninguna de esas actividades en las que las niñas normalmente muestran sus destrezas físicas. En conclusión, no sobresalía en nada, ni por excelente ni por pésima. Deambulaba por ahí, de un grupo de niñas a otro. Nunca estuvo mucho tiempo en alguno de esos clubes que las chicas forman. No tenía reconocimientos ni amistades en el grupo, pero tampoco enemistades porque no era antipática ni entrometida.

Fue muy arriesgado de su parte atreverse a hacernos esa propuesta, teniendo en cuenta que nunca habíamos compartido algo que nos hiciera tener alguna relación cercana, ni le habíamos manifestado nuestra admiración por algo. Es decir, si hubiera sido Charito la que se hubiera acercado a decirnos que quería estar en nuestro equipo, con sus ojitos claros, su sonrisa tierna y su voz de angelito, hubiésemos sido tan tarados que le hubiéramos dicho que sí por unanimidad, todos a la vez, aunque ella no sabía ni las normas del juego. Pero

en este caso era Claudia, algo así como una niña invisible, una niña que nadie notaba, que nadie conocía.

Pagaríamos caro nuestra arrogancia y nuestra ignorancia. Unos días después, Pan de Yuca llevó un recorte del periódico local de la fecha anterior. Su papá se lo había dado para que leyera la sección deportiva. Nos lo pasamos por la fila de la formación matutina que se acostumbraba en nuestro colegio antes de entrar a clase. Y la expresión facial que todos hicimos reflejó el desconcierto que nos causaba la foto a color de una niña con el uniforme de la selección nacional de fútbol, haciendo la veintiuna, con pinta de estrella. Un gran titular decía:

El Observador

• 14 de mayo 2007

**Claudia Milena, gritan los hinchas**

## *Convocada para la Selección nacional infantil de fútbol femenino*

*Se encuentra en perfecto estado físico y viene de marcar cuatro goles en su última temporada.*

Claudia Milena, la brillante delantera de equipos locales, ha sido nuevamente llamada a integrar la nómina de la selección nacional de fútbol infantil. El entrenador ha observado que “ella es nuestra cuota de gol” y se muestra muy seguro de que desestabilizará la defen-



Era Claudia Milena, la niña invisible de quinto B. Y viajaría a un campeonato internacional en unos días.

Llevaba casi dos años con nosotros y no nos habíamos dado cuenta de que era una gran jugadora. Eso era imperdonable. Pero teníamos excusas: el colegio nunca hacía torneos para niñas, ni se les enseñaba fútbol y ella jamás nos lo había dicho. Lo malo era que el día que intentó contarnos de su afición y sus habilidades para el balompié fuimos algo tontos... ¡muy tontos!

Decidimos en consenso que era necesario disculparnos. Sorteamos mediante una porra el «honor» de hacerlo. Pan de Yuca no participó. Dijo que él ya había cumplido su parte con descubrir la noticia. Así que lo rifamos entre Albóndiga, Migaja y yo. Pan de Yuca hizo tres líneas en una hoja de papel, las tapó con un cuaderno y marcó una sin que nosotros viéramos. Y como he sido siempre de mucha suerte, todo me lo gano, incluso lo que no quiero. Elegí la raya marcada.

—¿Y cómo se le ofrecen disculpas a una niña?  
—pregunté lleno de temores y dudas.

—Se le extiende la mano y ya, Cigüeña. Si ella se la estrecha, entonces nos ha disculpado —respondió Pan de Yuca.

–¡Qué! Eso funciona entre hombres. Con las niñas debe ser más delicado –replicó Migaja.

–A las mujeres les gusta que seamos humildes y fuertes –dijo Albóndiga con un aire de experimentado–, quieren que reconozcamos nuestras fallas, pero no les gusta que nos humillemos.

–¿Y usted qué sabe? –inquirió Pan de Yuca.

–¿Acaso usted no ve telenovelas? –respondió Albóndiga, hablando como un experto en el tema.

–Ahora sé por qué le va mal en el estudio, Albóndiga –dije en un tono burlesco–. Pero no me parece que aquí podamos aplicar las telenovelas.

–Usted verá cómo lo hace, Cigüeña, pero le tocó –remató Migaja y el tema se cerró cuando los demás asintieron.

El problema era que no teníamos tiempo. En una semana se cerraban las inscripciones al campeonato de microfútbol y en dos se iniciaba el torneo. Y como era urgente, al día siguiente tuve que buscar a Claudia. Estaba sentada en la gradería jugando monopolio con otras niñas y con Charito. Eso era lo que me bloqueaba: ¿qué iba a pensar Charito si yo iba buscando a Claudia? Era posible que Charito pensara que yo estaba interesado en

Claudia, cuando realmente era Charito la que me importaba. En todo caso, los empujones de mis compañeros y mi pasión por el balón me dieron el valor necesario para arriesgarme. Me acerqué, saludé e hice lo que tenía que hacer.

—Claudia, ¿me permites un momento? —dije sin levantar la cabeza. Me imaginaba a las demás y a Charito mirándome con suspicacia y sonriéndose como se sonríen las niñas cuando piensan que hay amor de por medio.

—¿Qué pasó? —indagó Claudia cuando estuvimos a un par de metros de distancia de las otras niñas.

—Estamos muy avergonzados contigo. Fuimos machistas, arrogantes y... —me callé porque olvidé la otra palabra que había preparado.

—¡Y estúpidos! —exclamó ella con energía, y subió el volumen, como si se tratara de una respuesta muy difícil a una pista de un crucigrama.

—Bueno, Claudia, nunca te hemos visto jugar y... —otra vez se me fue la paloma.

—Y como no soy linda, ni sobresalgo en lo que otras niñas sobresalen —remató con ironía.

Recordé las instrucciones de Albóndiga. No me iba a dejar humillar. No se trataba de eso. Así que la interrumpí para finalizar.

–Si hay algo que podamos hacer para enmendar nuestro error, estamos dispuestos.

–No, nada pueden hacer. Todo esto es por el artículo del periódico, ¿cierto? De la noche a la mañana, Claudia, la niña que nadie ve, es una famosa futbolista. Entonces las niñas «lindas» la invitan a jugar monopolio y los niños brutos la invitan a su patético equipo de microfútbol. Y así de fácil... Dos años de no ser nadie, de que nadie te valore. Pero nada ha pasado, en un día quieren que todo se olvide: la soledad... los desplantes...

No me importó que hubiera levantado la voz y que las otras niñas (incluida Charito) y todos los que estaban en el patio la estuvieran escuchando y me estuvieran viendo. Al fin y al cabo hablaba para todos, nos reclamaba a todos. Tampoco me importó en ese instante el equipo de micro. Me importaron sus ojos negros, de los que salieron lágrimas heridas. Eran lágrimas que parecían haber estado ahí durante mucho tiempo, lágrimas viejas y dolorosas porque habían crecido mucho de tanto retenerlas y daba la impresión de que no le cabían para salir por sus ojos. Le dolió ese llanto y me dolió a mí también. Salió corriendo, atravesó el patio y se perdió entre los pasillos de los salones. Nadie la siguió para consolarla.

Ese día nació el apodo con el que la recordaríamos siempre. Albóndiga dijo: «¡Parece una porcelana, no se le puede ni pedir disculpas porque se parte!». No era cierto, Claudia era fuerte, sólida, pero nos pareció gracioso el comentario en ese momento, nos alivió un poco la tensión. Por eso, durante los siguientes días, cuando nos referimos a ella, siempre lo hicimos como la «Porcelana».

Era difícil imaginarse y entender, a esa edad, que podríamos haberle hecho tanto daño a una persona sin la más mínima intención de hacerlo. Durante esos años que ella no existió en nuestras vidas, nosotros sí existimos para ella. Debe ser muy triste sentirse rechazado y andar por ahí sin amigos o amigas. Pero era tiempo pasado, no había cómo borrarlo.

Resignados a lo que nos esperaba, inscribimos el equipo con Aguja como refuerzo. Lo apuntamos a él por cumplir el compromiso, pero ni siquiera le dijimos. Él iba a aceptar encantado, aunque nosotros lo hiciéramos solo por completar el mínimo de jugadores. Aguja era tan torpe como delgado. Era buena gente, amable y alegre, pero pésimo jugador. No le hacía goles ni a la portería vacía, pateando desde el punto del penalti. Ya sabíamos que jugar con él era como jugar con uno menos.

No volvimos a insistirle a Porcelana, por orgullo, por resignación y por vergüenza. La semana siguiente ella no vino a clases, la vimos por los noticieros, en el torneo internacional. Hizo una excelente presentación, un par de goles y muy buenos pases. Sin embargo, nuestra selección nacional no pasó de la primera ronda.

Y a nosotros, al equipo de quinto B, no nos esperaba mejor suerte. Nuestro primer partido fue contra tercero B. Eran niños de ocho y nueve años, más pequeños que nosotros, pero los cinco jugaban bien y se movían mucho. Nos defendimos como pudimos. Solo nos defendimos porque no teníamos con qué atacar. Finalmente, en un tiro libre, se aprovecharon de que armamos barrera únicamente con dos jugadores y pusieron el balón bien alto, en el ángulo izquierdo, donde Albóndiga nunca llegó. Intentó elevarse como una burbuja, pero estaba lleno de carne y hueso, no de aire.

Perder el primer partido contra un equipo tan débil fue un mal presagio. ¿Qué nos pasaría en el siguiente, frente a cuarto A, un equipo fuerte, que tocaba el balón muy bien?

Si Claudia nunca se hubiera acercado a ofrecernos su apoyo, si nunca nos hubiéramos enterado de que era una gran jugadora, si no hubiera vociferado todo su dolor en el patio... estaríamos con-

formes con nuestra suerte en el torneo. Pero nos sentíamos como si tuviéramos una astilla clavada en la palma de la mano. Saber que teníamos la solución con nosotros, que cada día, sentado en un pupitre de nuestros salones, estaba el talento que podía salvarnos, era tortuoso.

Porcelana había vuelto y ni siquiera nos miraba. En verdad, no miraba a nadie, no hablaba con nadie, se alejaba de todo el mundo en los descansos, en los trabajos en grupo no aceptaba la invitación de nadie. Era peor que antes, tal vez porque antes éramos nosotros los que no la veíamos. Ahora sabíamos que la niña invisible existía, pero hacía como que no nos veía. Nos estaba dando de nuestra propia medicina, castigándonos con la invisibilidad. Entre más tiempo pasaba, menos posibilidades veíamos de que algún día nos disculpara.

Una mañana me la encontré de frente, olía a fresco y a champú para niñas. Ella salía de biblioteca y yo entraba a devolver un libro de biología. Enseguida, quiso esquivarme pero se movió precisamente hacia el lado que yo lo hice. Y luego ambos intentamos pasar por el otro lado al mismo tiempo, como si estuviéramos bailando un vals torpemente. No pudimos evitar que una sonrisa tímida, de las que surgen cuando no hay mucha

confianza, se nos viera en el rostro. Era la primera vez que Porcelana me sonreía y aproveché para romper el silencio.

–Lo hiciste muy bien, Claudia. Te felicito. Fueron dos goles estupendos –le dije galanteando como en las telenovelas.

–No necesito la compasión de nadie –respondió mientras cambiaba la sonrisa por un rostro ácido.

–No es compasión. Ahora que te estoy conociendo me caes bien. No tengo la culpa de no haberte conocido antes, pero nunca te hice daño... al menos con intención.

–No voy a jugar en tu equipo –me dijo, mientras al fin pudo avanzar por la izquierda.

–¡Los campeonatos no son más importantes que las personas! –le grité mientras se alejaba dándome la espalda.

Parecía que había empeorado las cosas queriendo mejorarlas. Ahora sí que solo me quedaba el tiempo para que nos perdonara. Cualquier intento de acercarnos sería considerado por ella como una estrategia para que jugara con nosotros. Y esa frase... la que le dije al final... me quedó sonando. Aún no sabía si era así realmente: si me importaban más las personas que los campeonatos. Además, no había tiempo para esos asuntos afec-

tivos y filosóficos ahora. Teníamos que concentrarnos en la estrategia para vencer a cuarto A.

Llegó el día del partido y la única estrategia que se nos había ocurrido era meternos los cuatro en la portería (Albóndiga, Aguja, Pan de Yuca y yo) para aguantar y aguantar. Dejaríamos a Migaja solo adelante para que intentara hacer algún gol en un descuido. Pero no aguantamos mucho: a los seis minutos ya íbamos perdiendo uno a cero. Desanimados y torpes, sin fuerza en el alma ni en el cuerpo, estábamos rendidos cuando iba la mitad del partido. La gradería del patio estaba llena con muchos estudiantes que veían cómo los más grandes de la primaria caían derrotados otra vez. Nos abucheaban y silbaban, incluso algunos desleales de nuestro curso.

Cuarto A iba a cobrar un tiro libre semejante al que le dio el gol de la victoria a tercero B en el partido anterior. Se veía venir la segunda anotación en contra de nosotros. Migaja se hizo en un extremo de la barrera, yo me hice en el medio y a mi lado se ubicó Aguja. Pan de Yuca quedó libre para el caso de que hicieran un laboratorio con más de un toque. Mientras el cobrador cuadraba el balón, noté que el cuerpo de Aguja se separó del mío, pero no miré porque no quería distraerme.

Sentí una nueva presencia, más maciza que la de él. Solo miré de reojo y vi unos tenis blancos de tela y unas medias del mismo color, con canilleras debajo. Supuse que era uno de cuarto y enseguida lo empujé para evitar que me desacomodara y por allí pasara el balón. Tenía mi mirada fija en el cobro y mi cabeza concentrada en detenerlo. Seguí empujando para desplazar el cuerpo intruso, pero me percaté de que los de cuarto A tenían una mirada sorprendida y el patio se había silenciado. Entonces, escuché la voz del cuerpo que me rozaba. Era una voz dulcemente femenina que me dijo:

–Tranquilo, Cigüeñita, esto se compuso.